

La habitación del hotel

José Luis Miranda

PERSONAJES

(Por orden de aparición)

MARÍA DE UTRERA

ROSARIO

LAURA

Suena la *Danza del Fuego* de *El amor Brujo*, de Manuel de Falla. Luces de lamparillas encendidas. Resto del escenario, a oscuras.

Cuando la iluminación aumenta gradualmente se va comprobando que el decorado muestra la habitación de un hotel: puerta de entrada, ventanal con cortinas, una cama, un espejo, mesilla de noche con reloj y teléfono. Destacan por inusuales en una habitación de hotel: una mesa con fotografías de imágenes religiosas alumbradas por lamparillas encendidas y un traje de luces blanco y oro, colocado en una percha o en el respaldo de una silla.

MARÍA DE UTRERA, de pie en el centro del escenario, envuelta en una larga bata de seda color crema, elegante, descalza, se ahueca con las manos una discreta melena y luego se dirige hacia la mesa en donde lucen las lamparillas.

MARÍA DE UTRERA.- Me gusta encender luces.

No sé si creo, pero me gusta encender velas.

Me gusta rezar, no sé si creo.

Desde pequeña tengo taras. **(Se coloca frente al espejo y se desafía.)**

Tú y tus taras. Tú y tu melenita corta.

Tú y tú, tú sola; tú y tu espejo; tú y tus ansias. Tú, sola. Tú, figura del toreo; tú, la hija de Juana Ramos y el limpiabotas; tú, por fin, figura del toreo; tú, tú sola; tú, anunciada para matar seis toros en Madrid, para matar la corrida de la Beneficencia entera, tú sola; tú insaciable.

(Suena el teléfono. Lo coge.)

¿Sí? Dime, Paco.

Sí, sí, ya sé la hora que es. Faltan dos horas para salir a la Plaza.

Aunque haya atasco, no vamos a salir antes de dos horas.

Dile a Rosario que suba a vestirme.

Tú, no. Si te necesitara te llamaría.

No, nada más. Bueno, sí: ¿Cómo está José?

No desvíes la conversación, me has oído perfectamente.

Parece que no me conoces. Sabes muy bien que me digas lo que me digas, en ese sentido, va a ser lo mismo.

Yo soy capaz de ir hoy a la Plaza aunque acabara de parir un entierro. Así que no me entretengas más y dime cómo está José.

¿Tan mal?

Pero hay esperanzas... ¿no?

Que no me pasen ninguna llamada. ¿Lo has oído bien? Ninguna. **(Cuelga.)** Esperanzas siempre hay. Siempre hay. **(Acaricia el traje de luces.)** Si se muere José, nada tiene sentido. José del Puerto... un niño... el niño de la Encarna... el torero... el niño de Encarna, la frutera. José, José del Puerto... la figura del toreo... la otra figura del toreo... mi único rival... mi referencia... **(Se coloca frente al espejo.)**

Estás sola, pero no quieres saberlo; necesitas decirlo, decirlo, necesitas decir estoy sola, pero necesitas no saberlo.

Mírate bien y olvídale todo.

Eres el centro del mundo.

Olvídale todo y vívelo todo: una vez más todo.

Tienes que seguir intentándolo todo. **(Se separa del espejo. Acaricia de nuevo el traje de luces.)** No sé cómo he podido llegar hasta aquí. No sé cómo he tenido fuerzas. Tampoco sé muy bien qué es lo que he hecho, ni lo que estoy haciendo. Creo que he ido convirtiendo, poco a poco, los deseos en odio, un odio frío.

Al principio no sabía que los triunfadores eran tan débiles como yo, tan débiles como todos los que no se atreven. Al principio no sabía que hay una locura que si no se para ante ninguna puerta es el poder.

Todo ha sido como dejarse llevar por un impulso.

Me gustaría parar, pero sé que no podré hacerlo. No se pueden parar los sueños. Desde hace varias noches tengo el mismo sueño; todas las noches el mismo.

Voy a la Plaza y voy andando, voy descalza, pisando gujarros, voy desnuda. Cuando llego a la Plaza, la Plaza ha desaparecido. Sólo queda el ruedo. El ruedo es enorme, no tiene barreras, no tiene límites, sólo tiene arena. Es el desierto. Y cuando alguien me pregunta qué quieres, sólo puedo contestar: Sé que he perdido algo aquí, en el desierto, en la arena. No sé lo que es, pero José lo sabe.

(Llaman a la puerta.)

¿Quién es?

-Soy Rosario.

Pasa.

(Entra ROSARIO.)

MARÍA DE UTRERA.- ¿Qué se sabe?

ROSARIO.- ¿De qué?

MARÍA DE UTRERA.- ¿De qué va a ser?

ROSARIO.- En lo único que tienes que pensar es en la corrida de esta tarde y dejar lo demás para luego.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Qué se sabe de José?

ROSARIO.- Lo que te ha dicho Paco por teléfono. Otra cosa no se sabe.

MARÍA DE UTRERA.- José no quería torear esta corrida de hoy, no quería medirse conmigo, mano a mano. Es absurdo, decía. Las mujeres toreras son otra cosa, decía. ¿Te acuerdas?

ROSARIO.- José no se ha *cuidao*. Dijo que nunca iba a torear ganando menos que tú. Tenía que haberlo cumplido.

MARÍA DE UTRERA.- En la corrida de hoy íbamos a cobrar lo mismo.

ROSARIO.- Sí, pero a la feria del Corpus de Granada has ido con más dinero que él, has ido cobrando tú más y encima le han dado una cornada. No se ha *cuidao*.

MARÍA DE UTRERA.- El toro era imposible. Se lo dijimos todos. Pero no, claro, él no se podía ir de vacío, tenía que cortar una orejita. ¿Cómo no iba él a cortar una orejita si la había cortado María de Utrera? ¿Cómo iba él a ser menos?

El toro le había avisado ya dos veces. Y a la tercera vez, le empitonó, le campaneo y, cuando ya estaba vencido, todavía siguió el toro dándole cornadas.

ROSARIO.- Esta profesión es así.

MARÍA DE UTRERA.- Ahí estaba José del Puerto, en la arena, roto, perdiendo sangre como si fuera un desagüe. Y luego, en la enfermería, con los ojos nublados, explicándome las desgracias, diciéndome: No te preocupes, vete, vete a Madrid. Esa corrida es tuya. Ya no vamos mano a mano, pero te voy a dar suerte. Y se le hundieron los ojos.

Si se muere José nada tiene sentido. Nada.

ROSARIO.- No tenemos y a mucho tiempo. ¿Quieres que te vaya peinando?

MARÍA DE UTRERA.- Me horroriza pensar en la Plaza; la enfermería de la Plaza; la capilla de la Plaza; las mulillas arrastrando la sangre, la masa de sangre; y yo allí, con mi vaso en la mano, con mi vaso de plata enjuagándome la boca, la boca seca; con mi vaso en la mano y el público allí, tan cobarde, tan insaciable, tan necesario.

Es absurdo. Es completamente absurdo ir a la Plaza de Toros a matar seis toros. Seis. Yo sola porque José del Puerto está herido y yo no he querido suspender ni he querido que sea sustituido por cualquier otro. ¿Por qué no he sabido parar a tiempo? ¿Cómo he podido llegar hasta aquí?

ROSARIO.- Porque no es fácil parar.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Tú lo entiendes?

ROSARIO.- Yo sí.

MARÍA DE UTRERA.- Hay que seguir, ¿verdad?

ROSARIO.- Hay que seguir, si quieres. Pero todavía puedes parar. También se entendería. Puedes suspender la corrida. Puedes incluso presentar un parte médico.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Crees que he llegado hasta aquí para eso?

ROSARIO.- Se llega hasta donde se puede.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Por qué hago todo esto? ¿Por qué tengo que seguir, Rosario? ¿Por qué?

ROSARIO.- Piensa en tu padre. Eso te ayudará.

MARÍA DE UTRERA.- Lo único que hizo mi padre toda su vida fue el ridículo.

ROSARIO.- Entonces piensa en tus propias palabras: «Lo de menos es ganar, lo espantoso es perder. El que pierde no existe, no existe pero se arrastra». Eso es lo que tú dices.

MARÍA DE UTRERA.- No me pasará a mí, dije. No me pasará nunca, nunca. Nunca. **(Se sienta frente al espejo. Coge una barra de carmín y muy lentamente se pinta los labios.)** El carmín me gusta, me quita mucho frío de los labios.

Brillantina, Rosario. Brillantina para el pelo. Péiname bien.

Mi padre y tú habéis sido tan débiles que todo vuestro miedo ha sido siempre inútil. Contra el miedo no hay más que la cabeza. El odio frío. Esa es la fuerza.

ROSARIO.- También se puede vivir sin esa obligación. Tu padre no fue débil.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Qué dices, Rosario? Siendo limpiabotas, como él era, no se puede ganar un premio de trescientos catorce millones de pesetas en la primitiva y dejar que se lo roben a uno a cambio de torear un toro en la Maestranza, que se lo roben las ansias.

ROSARIO.- No fue una debilidad. Fue una necesidad que él tenía. Cosas que pasan. Un sueño que se le había *atravesao*.

MARÍA DE UTRERA.- Hasta para soñar hay que tener cabeza. Él, que había sido banderillero fracasado, que nunca había tenido dinero para sentarse en una barrera de sombra, que ya entonces tenía más de cincuenta años; él, a quien nunca le había respetado nadie, limpiabotas del bar El Cairo, limpia de señoritos *-hincan en la cochambre-*, como él decía. Pues a él le tocan trescientos catorce millones en la primitiva, ¿y cuál es la necesidad que tiene? la necesidad de que los ricos le alquilen el lujo de sentirse uno de los suyos. La necesidad de vestirse de torero y de irse para la Maestranza,

después de haberle comprado un toro a Pepito Poggio y de haber estado en su ganadería entrenándose tres meses mientras el otro se llevaba la primitiva. La necesidad de banderillar en la espalda a don Fermín por unos celos, y tenerle que pagar la indemnización. La necesidad de ir a la Maestranza, muy compuesto, en busca del toro, para que todavía se estén riendo de la broma tan graciosa.

Tú estabas allí. Tú lo viste.

ROSARIO.- Sí. Yo estaba allí.

MARÍA DE UTRERA.- Por mucha ilusión, por mucho fracaso, por mucho martinete que tuviera dentro del cuerpo, era preciso también tener un poquito de rienda. Y si no, tenía que haberse dejado matar por el toro. Eso es lo que tenía que haber hecho. Todo menos volver después de aquello, volver después de que le robaran la primitiva; volver después de pasarse media hora agujereando al toro por los costados, matándolo a espadazos locos; volver después de que Pepito Poggio le ofreciera un puesto en su finca; lo que él quisiera: guarda, jardinero o tractorista, si aprendía. Lo que él quisiera.

ROSARIO.- No muevas tanto la cabeza.

MARÍA DE UTRERA.- Nunca podré olvidar lo que sentí entonces: sentí vergüenza de haber nacido. Espanto de tener que seguir sobre la tierra, de tener que ir a comprar comida y vino, como si tal cosa. Como si no hubiera pasado nada. Llegó de la Maestranza rechinando de pena y de ridículo, concentrado en la miseria, callado, turbio, arrastrándose. Yo tenía trece años. Se sentó en la silla con el traje de luces roto, me miró con la cara llena de sangre -sólo eran rasguños- y me dijo: tengo sed. Fui corriendo por el vaso y cuando lo estaba llenando y a sabía lo que tenía que hacer: tenía que vengarme... aunque no sabía de qué.

ROSARIO.- Vístete, Juana. Ya es la hora.

MARÍA DE UTRERA.- (Levantándose.) No me llames Juana. Llámame María de Utrera.

(Suena el teléfono.)

Cógelo.

No. Déjame a mí.

¿Sí? ¿Paco? A ver, dime.

¿La periodista? ¿Qué periodista?

Ah, bueno, sí. Pues como tenemos ya el compromiso, dile que suba. Que suba ella sola.

El fotógrafo no.

¿Paco?

Ha colgado.

De José no me ha dicho nada.

ROSARIO.- ¿Va a subir la periodista?

MARÍA DE UTRERA.- Sí.

ROSARIO.- ¿Ahora?

MARÍA DE UTRERA.- En eso quedamos. En que me iba a hacer una entrevista mientras me vestía de luces.

ROSARIO.- ¿Qué quieres? ¿Qué la periodista te vea en bragas?

MARÍA DE UTRERA.- Ella es de moqueta. Le vendrá bien el rescoldo de las cornadas. (**Tocándose el muslo.**)

ROSARIO.- A ella le importan poco tus cornadas.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Qué es lo que le importa a ella?

ROSARIO.- Me preguntas todo lo que ya sabes, María de Utrera, y me explicas todo lo que yo sé. Pero con ella es distinto. No te va a escuchar como te escucho yo. Ella sabe muy bien a lo que viene. (**Arregla flores de un florero.**)

MARÍA DE UTRERA.- ¿Y tú qué es lo que sabes?

ROSARIO.- Sé que tienes miedo, que tienes tanto miedo que necesitas que te llame con nombre de cartel, que te llame María de Utrera. **(Ha cogido una flor y la tiene en la mano.)** Sé que ahora mismo no eres capaz de distinguir cuántas flores hay en este florero; y eso para salir al ruedo es malo, porque allí, en el ruedo, la vida depende de eso, de no descuidar los detalles.

MARÍA DE UTRERA.- A veces te envidio.

ROSARIO.- Pocas veces

MARÍA DE UTRERA.- (Le coge la flor de la mano.) No basta con saber las flores que hay. Es necesario saber los pétalos que tienen.

Llama a Paco. Dile que no suba hasta que tú bajes a recogerla. **(Se desentiende de ROSARIO y habla mirándose al espejo.)**

Vístete bien, Juana, y dale brillo al cuerpo.

Vístete ya, Juana Ramírez, hija de Juana Ramos

ROSARIO.- (Hablando por teléfono.) Sí, eso; que no suba hasta que yo baje por ella.

MARÍA DE UTRERA.- (Sigue frente al espejo hablando consigo misma.) No te equivoques. Los cuerpos fuertes no sueñan. Los cuerpos fuertes saben mirar a la tierra desde la tierra. **(Se quita la bata y se queda con un tanga blanco, radiante, frente al espejo. Tira la bata al suelo y se acaricia suavemente.)**

Brillo, brillo para el cuerpo.

Brillo para estos misterios, para esta locura,

para esta sinrazón, para este poderío,

para este invento. **(Acariciándose el vientre.)**

Tienes que ir a la Plaza. Tienes que ir sin memoria.

Brillo, brillo para el cuerpo. Brillo y cicatrices.

Estás desnuda y no te protege nada.

Nada; como no sea tu voluntad, tu voluntad y el azar. (**Se desentendiende del espejo.**)

Vísteme, Rosario.

Para que el cuerpo ayude hacen falta las intenciones. El cuerpo, por sí solo, es un invento, pero es un peligro. El cuerpo es una taberna. El cuerpo está loco.

(**ROSARIO se acerca para ponerle un sujetador. MARÍA DE UTRERA se acaricia los pechos.**)

Me duelen, me aprietan. Parece que me quieren avisar de que la taberna está temblando. Me golpean. Los siento como dos campanas.

ROSARIO.- (Poniéndole el sujetador.) Pues se tienen que olvidar de los repiques.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Qué es lo que crees tú que quiere escuchar la periodista?

ROSARIO.- Ella no es gente del toro.

MARÍA DE UTRERA.- Su revista es la de más prestigio que hay. Ir en la portada es una publicidad que no se puede despreciar. Ella es la redactora jefe. No suele hacer entrevistas, por eso me extraña que haya puesto tanto interés.

ROSARIO.- Quizás quiera hacerte una entrevista de la cara más humana, del lado más íntimo.

MARÍA DE UTRERA.- No, no es una revista de amoríos. (**Pausa.**) Bueno todas las revistas son de lujo y cama. Me miras como si no me hubieras visto nunca.

ROSARIO.- Lo raro no es que ella venga. Lo raro es que tú la recibas.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Raro? ¿Por qué?

ROSARIO.- Porque tú nunca recibes periodistas antes de las corridas. Y más una corrida como la de hoy.

MARÍA DE UTRERA.- La publicidad es fundamental, tú lo sabes. Y ella se ha comprometido a darme la portada de su revista.

ROSARIO.- ¿Sólo por eso?

MARÍA DE UTRERA.- Sólo.

ROSARIO.- ¿Por publicidad va a entrar aquí? ¿En el templo?

MARÍA DE UTRERA.- Por publicidad y porque me da la gana. Por eso va a entrar. Dame los leotardos. (**Mientras se los pone.**) Seda, seda pegajosa. Las bragas, el sujetador, los leotardos, seda para sujetar los miedos, ansia pegajosa. Pégalos bien al cuerpo, Rosario, úntame los leotardos como si fueran leche protectora, ajústamelos bien a las cicatrices, y a todas las locuras desparramadas.

ROSARIO.- ¿Las medias te las vas a poner tú?

MARÍA DE UTRERA.- Trae. (**Empieza a ponérselas pero le tiemblan las manos.**) Pónmelas tú. Después de tantos siglos de disimulo nos han crecido raíces debajo de los adornos. ¿No crees tú, Rosario? Raíces muy antiguas, muy profundas, raíces de un disimulo muy hondo.

ROSARIO.- Hacía mucho tiempo que no te temblaban las manos.

MARÍA DE UTRERA.- Sí. Pero hoy me tiemblan. Ya lo has visto.

(**ROSARIO coge del lugar en donde estaba plegada la taleguilla, pero MARÍA DE UTRERA parece no querer ponérsela.**)

Tengo miedo.

No quiero torear hoy.

No quiero torear nunca.

Tengo miedo. Tengo nauseas. (**Se acerca a la ventana, descorre las cortinas y mira al exterior.**)

¿Y si lloviera? ¿Y si esta tarde lloviera?

ROSARIO.- Nubes hay.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Tú crees que va a llover?

ROSARIO.- Puede haber tormenta.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Y si con la lluvia se suspendiera la corrida? (**Mirando hacia las velas.**) ¿Y si hubiera un Dios que me escuchara?

ROSARIO.- Dios hay.

MARÍA DE UTRERA.- Lo dices como si lo supieras.

ROSARIO. - Lo sé

MARÍA DE UTRERA.- Tengo frío. Aunque sé que hace un calor insoportable. Desde anoche estoy tiritando. Y tú, ahí, como si nada. Sabiendo lo que no sabe nadie.

ROSARIO.- Estoy esperando que te quieras vestir.

MARÍA DE UTRERA.- (**En una especie de danza torea con un capote imaginario.**) Él me decía: «mira». Y yo le contestaba «pues ya ves». «Mira, María, mira: éste es el arte, éste es el misterio de las verdades» -«¿Sí?» -«Sí. Y tú nunca harás esto. No vales, no puedes hacerlo» -«¿Qué no? ¿Tú estás seguro?» -«Completamente seguro» -«¿Por qué estás tan seguro?»

«Porque tú eres ese misterio en ti misma».

El misterio de las verdades.

Ya ves tú, Rosario.

ROSARIO.- Los misterios son otra cosa. El arte no es más que una violencia que deslumbra.

MARÍA DE UTRERA.- El toro lo cogió delante de mí. Y yo allí, viéndolo, sin poder hacer nada.

ROSARIO.- Pensar en eso ahora te debilita.

MARÍA DE UTRERA.- La que mejor sabe el miedo que me dan los toros eres tú, Rosario.

ROSARIO.- Hay ratos malos, pero luego te compensa.

MARÍA DE UTRERA.- Pareces una estatua. Ponme la taleguilla. (**Empieza a ponérsela.**) Sabes mejor que nadie el miedo que paso, porque para eso has estado siempre, como tú dices, detrás del mostrador de la taberna.

A veces no sé ni como te aguanto.

Pero el caso es que es verdad; detrás del mostrador de la taberna. Ahí has estado. Y ahí estás.

Además has sabido aguantarlo todo como si no fuera contigo.

Detrás del mostrador has movido muchos desperdicios.

Igual que tu hermano Paco.

ROSARIO.- Lo de Paco es distinto.

MARÍA DE UTRERA.- Los dos habéis sabido estar detrás del mostrador y cuidar el género, esperando que la taberna se quedara vacía, que la taberna se quedara sola para ir luego picoteando en todas las existencias.

ROSARIO.- Los dos hemos sabido escucharte la respiración y el ruido de las tripas. Pero lo de Paco es distinto.

MARÍA DE UTRERA.- Paco ha sido una paciencia de ojos oscuros, ha sido mi niño de ojos grandes y tontos. Constante, ha sido muy constante. Todas mis traiciones le han parecido pocas.

ROSARIO.- Ha sido tu amante y tu cubo de basura.

MARÍA DE UTRERA.- Ha sido mi sobón de manos frías, mi tonto, tonto.

ROSARIO.- Ha sido el único que se ha arrodillado a lamerte las desgracias.

MARÍA DE UTRERA.- Ha sido la toalla de las resacas, pero gracias a eso ha estado invitado a mi caseta de feria.

ROSARIO.- (Acabando de ajustarle la taleguilla.) ¿No estarás engordando, Juana?

MARÍA DE UTRERA.- No me llames Juana.

ROSARIO.- Estás engordando, María de Utrera.

MARÍA DE UTRERA.- Baja por la periodista.

ROSARIO.- (Cuando va a salir se para y se vuelve hacia MARÍA DE UTRERA, que se dispone a maquillarse frente a un espejo.) ¿Tú sabías que ella ha sido amante de José?

MARÍA DE UTRERA.- De José han sido amantes todas menos tú.

ROSARIO.- Lo sabías. Por eso la recibes.

MARÍA DE UTRERA.- Cuando me peinas tan calladita oigo muy bien lo que estás pensando; cuando me alisas el pelo sobre la cabeza siento lo que estás sintiendo. No es solamente envidia y odio. Noto que te gustaría, al mismo tiempo, estrangularme, ser yo y envolverte a mi cuerpo como una enredadera loca.

ROSARIO.- ¿Me puedo ir ya por la periodista?

MARÍA DE UTRERA.- ¿Desde cuándo no lo ve, desde cuándo no está con él?

ROSARIO.- Pregúntaselo a ella.

(Sale ROSARIO.)

MARÍA DE UTRERA.- ¡Pregúntaselo tú! ¿Cuántos años hace ya de eso? ¿Cuántos? Eso fue cuando José ni me conocía. Eso fue cuando ni siquiera había tomado yo la alternativa.

¿Pero qué importa eso ahora? **(Se levanta y va hacia donde está colocada la chaquetilla. Habla dirigiéndose a ella.)**

Sí, importa. **(Acaricia la chaquetilla.)** José, te he dado todo lo que me pedías. Te hubiera dado más si te hubieras atrevido a pedírmelo. **(Con desolación.)**

Si se muere José nada tiene sentido. **(Descuelga la chaquetilla y cogiéndola por las mangas se enfrenta a ella.)**

No te mueras, José, no te duermas.

Desafíame. Engañame, si te atreves.

Pero no te mueras, no te abandones.

Ven, ven, violador, tramposo, deseado. **(Abraza la chaquetilla.)**

Ven como viniste tantas veces, miles de veces.

Y a pesar de todo pocas, pocas veces.

Ven paladeando la muerte.

Masticándola y comiéndotela.

Ven a enseñarme, como tantas veces, que no hay límites. Que no hay límites aunque todo acabe.

O mejor: a no explicarme nada,

a llegar y mirarme de frente.

A mirarme lleno de miedo, sonriendo,

a darme consuelo. A darme compañía. Pero no me cuentes los cuentos que contáis los hombres. No me cuentes la historia universal. La historia es mi mano, esta mano, y tu mano temblorosa. La historia de los demás es humo, un humo que tú y yo apenas vemos, un humo que nos envuelve cuando sentimos que la vida es infinita. **(Envuelve la chaquetilla entre sus brazos, acunándola.)**

Déjame que te envuelva en el día, déjame que te arroje. No te duermas, mi niño, no te abandones. **(Canta una nana.)**

Se duerme el aire cuando tú duermes

Se duerme el agua bajo tu frente

Duerme la arena duerme la nieve
Se duerme el sueño si tú no vienes
Sueña conmigo sueña en mis brazos
No hay otro sueño que el que soñamos

(Se oyen golpes en la puerta.)

¿Rosario?

ROSARIO.- Sí.

MARÍA DE UTRERA.- Adelante.

(Entran ROSARIO y LAURA, la periodista.)

LAURA.- Hola, Juana.

ROSARIO.- Ella es Laura, la redactora jefe de la revista...

MARÍA DE UTRERA.- Sí, la conozco.

ROSARIO.- Ya le he dicho que tenemos poco tiempo.

LAURA.- Llevo un rato esperando. Como sabes me hubiera gustado hacerte una entrevista larga, hablando en profundidad, poco convencional. Hoy es un día muy especial para ti y me gustaría poderlo reflejar en la revista. Me han dicho que el fotógrafo no puede subir.

MARÍA DE UTRERA.- No, el fotógrafo no. **(A ROSARIO.)** ¿Qué se sabe de José?

LAURA.- (Adelantándose a ROSARIO.) El último parte facultativo era casi desesperado. Han dicho que no darán más información hasta después de tu corrida.

MARÍA DE UTRERA.- ¿De cuándo es el último parte facultativo?

LAURA.- ¿Tú no lo conocías?

MARÍA DE UTRERA.- Rosario, ¿ha habido alguna información que yo no sepa?

ROSARIO.- Todo lo que sabemos Paco y yo lo sabes tú. Pero ella es periodista. Puede saber algo más.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Qué sabes tú?

LAURA.- Que está en coma, que la única esperanza es su juventud, su fuerza.

MARÍA DE UTRERA.- Su fuerza, su juventud... la única esperanza... **(Tira la chaquetilla encima de la cama.)** Lo que pasa es que tú eres muy sensacionalista, Laura.

LAURA.- ¿Tú crees? ¿Te han dicho eso de mí?

MARÍA DE UTRERA.- Bueno, yo creo que eres una gran profesional, pero lo vuestro es eso: jugar un poco con los sentimientos, aprovechar las pequeñas perversiones, saber sacar el morbo a todo color.

LAURA.- **(Poniendo en marcha la grabadora.)** ¿Tú crees que el morbo eres tú?

MARÍA DE UTRERA.- **(Después de unos segundos de silencio, coge la camisa y se acerca a LAURA y su grabadora.)** Mira que pechera: bordada y un poquito almidonada. Lo justo. José la lleva sin almidonar. Dice que no le importa, que eso es antiguo. Ya ves tú, antiguo. Como si todas las emociones no fueran antiguas.

ROSARIO.- ¿No le ofreces nada?

MARÍA DE UTRERA.- ¿A quién?

ROSARIO.- A ella.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Qué le voy a ofrecer?

ROSARIO.- Laura no es sólo periodista, también es carne y hueso.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Y qué?

ROSARIO.- ¡Qué sé yo! Que a lo mejor quiere beber algo. **(Desde el minibar.)** Lo que hay aquí ya sabes lo que es.

LAURA.- Ahora no me apetece beber; pero, eso sí, me gustan las almendras. En los minibares, suele haber.

MARÍA DE UTRERA.- Estarán rancias.

LAURA.- ¿Por qué?

MARÍA DE UTRERA.- Porque todo lo que se guarda se pone rancio.

ROSARIO.- (Enseñándolas.) Almendras.

LAURA.- Para saber si una cosa está rancia lo que hay que hacer es probarla.

MARÍA DE UTRERA.- Dale a probar, Rosario. Y que nos informe.

LAURA.- (Rechazándolas con elegancia.) No, gracias. Los informes que traigo aquí **(Refiriéndose a los papeles que lleva en la mano.)** son de otro tipo. En este templo, con este ritual, comer almendras sería un detalle de mal gusto. La verdad es que una aquí se siente rara sin conocer bien la liturgia. **(Se acerca a las velas encendidas.)**

MARÍA DE UTRERA.- (Mientras se pone la camisa, ayudada por ROSARIO.) Alguna vez habrás conocido algo de todo esto, de esta liturgia, alguna vez habrás tenido amistades con algún torero. ¿O no?

LAURA.- (LAURA no se da por aludida.) ¿Tú crees en las estampas?

MARÍA DE UTRERA.- (Por ROSARIO.) Ella cree más que yo.

LAURA.- Y si no crees, ¿por qué las pones ahí?

MARÍA DE UTRERA.- A veces, creo.

LAURA.- Lo que quería saber es si todo esto es sincero. (**Se acerca a la chaquetilla que está sobre la cama.**) Creía que a los toreros no les gustaba dejar ningún objeto sobre la cama, pero es bonito ver ahí la chaquetilla del traje. Parece un muñeco de luces.

MARÍA DE UTRERA.- (**Le molesta muchísimo la observación de LAURA. Coge la chaquetilla pero inmediatamente ROSARIO se la coge a ella y es quien acaba colocándola en el lugar adecuado.**) Sí. A veces los toreros ponemos en la cama cualquier cosa.

LAURA.- Viéndote así, de cerca, me resulta más fácil creer en lo que me habían dicho.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Qué te habían dicho?

LAURA.- Que es como si torearas por venganza.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Venganza? ¿Contra quién?

LAURA.- Imagino que contra tus demonios.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Qué demonios? ¿Hay demonios?

LAURA.- Tú sabrás. Yo he venido aquí para preguntar.

MARÍA DE UTRERA.- Sí. Hay gente que le gusta preguntar. ¿Por qué será?

LAURA.- A veces se pregunta por saber. Y a veces porque es una profesión, un trabajo que se elige. En mi caso es por eso. Y además no entiendo que te pasa. Tú has aceptado recibirme libremente. Jamás voy donde no me esperan. Recuerda que sólo me has pedido a cambio que la próxima portada de la revista sea una fotografía tuya. Y tengo que decirte que, al no dejar subir al fotógrafo, no se va a poder cumplir lo convenido.

MARÍA DE UTRERA.- Yo tengo fotografías. Te puedo dar las que me parecen más propias.

LAURA.- La revista no acepta trabajos ajenos. Por respeto a su gente.

ROSARIO.- (Por en medio de la selva.) ¿Le digo al fotógrafo que suba?

MARÍA DE UTRERA.- (A LAURA. Como si no hubiera oído a ROSARIO.) ¿Quién te ha dicho que es como si torear por venganza? Será algún listillo.

LAURA.- Dicen que todo esto lo haces por el recuerdo de tu padre, que tu fuerza viene de lo que te dolieron sus desgracias. Pero no me lo puedo creer, porque eso sería la rabieta de una niña que no crece.

MARÍA DE UTRERA.- El limpiabotas, que parecía tan inútil después de todo acertó la primitiva. Él, que había fracasado como banderillero, triunfó en la lotería. Lo de los trescientos catorce millones y el toro de la Maestranza lo tendrás en tus informes. Incluso tendrás detalles que ni siquiera yo conozco. Dame el chaleco, Rosario.

LAURA.- ¿Te importa que me siente?

MARÍA DE UTRERA.- (Le hace un gesto para que se siente y se pone lentamente el chaleco bordado, ayudada por ROSARIO.) A mi madre le gustaría mucho poder estar aquí con nosotras, estirándome la camisa, poniéndome adornos; sin entender lo que está pasando, mirándome fijamente a los ojos, perdida entre nuestras miradas, pidiéndome que esté guapa, que no renuncie a nada, que no renuncie a la gloria, al poderío, que no renuncie a ninguna locura, a ninguna.

¿Te has maquillado bien?, me preguntaría. (A LAURA.) Seguramente esto no te interesa para la entrevista.

LAURA.- Sí, me interesa. No sabía que querías hablar de tu madre. Como es lógico, me he documentado antes de venir aquí. No sabía que tú querías hablar de ella. El informe dice que se está tratando en un centro de rehabilitación de alcohólicos.

MARÍA DE UTRERA.- Sí. Allí está. (Imitando la voz de LAURA.) «Como es lógico me he documentado».

(La broma parece romper el hielo entre ellas. Hay un momento de distensión, de descanso.)

Sin embargo, no creo que te hayas documentado de que lo mejor que ha hecho mi madre en su vida ha sido inventar juegos. Los inventaba para mí. Los inventaba en la cocina o en el dormitorio. A cualquier hora. En los juegos ella era la rana grande y yo la mosca princesa. Otras veces ella era la araña de los bosques nevados y yo la gata con uñas de zafiro. Según.

Cuando pelábamos patatas decía que a ellas, a las patatas, les gustaba quedarse sin cáscara, quedarse desnudas para poder bailar sin estorbos en el aceite, mientras se freían.

LAURA.- (Leyendo un papel que ha sacado de una carpeta.) Sí. De los garbanzos le gustaba decir que eran soldados huérfanos que habían vuelto de la guerra buscando un estómago en donde dormir eternamente.

-¿Quieres que duerman contigo o conmigo? Te preguntaba.

Con las dos. Le respondías tú.

MARÍA DE UTRERA.- Y así era, dormían con las dos. Comer garbanzos era dar asilo a un ejército de huérfanos. Nunca he podido volver a comerme un garbanzo sin recordar aquello. **(Señalando el papel que ha leído LAURA.)** Hay informes que parecen emboscadas.

LAURA.- Ha sido ella misma, tu madre, quien me lo ha contado. Es de lo poco que recuerda. Ya sabes lo difícil que es hablar con ella. Pero lo hemos hecho.

MARÍA DE UTRERA.- Otras veces me miraba borracha y me decía: Hoy me han comido los pies. Lo primero que se comen los demonios son los pies. Luego, querrán más.

ROSARIO.- Los disparates son lo que más une. Bueno, lo único que une.

MARÍA DE UTRERA.- Sí. Lo que más alimenta.

La verdad es que a pesar de todas las imprudencias que me ha hecho me acuerdo mucho de ella. Pero, eso sí, ha sido muy poco astuta. Ha sido demasiado evidente. Se ha arrastrado por la vida sin disimulo. (A LAURA.) Yo de tu madre no tengo informes, pero la mía no ha tenido más malicia que la natural, no ha aprendido nada, ha sido muy torpe para las perversiones. Le ha faltado voluntad.

LAURA.- Tu madre, teniendo en cuenta como está, dice cosas que no se podrían publicar. Y que además no serán verdad.

MARÍA DE UTRERA.- Tú pregunta.

LAURA.- No; que ella dice que allí, en Sevilla, cuando ella era joven los señoritos del bar El Cairo se la rifaban entre ellos. Con papeletas y todo. Dice que ella era muy guapa, y ellos lo mejor de Sevilla.

MARÍA DE UTRERA.- Sí. Como mi padre era el limpiabotas, hubo uno que le pagó con las papeletas de la rifa. Son bromas. ¿Verdad Rosario? (Señala a ROSARIO.) Ella lo sabe. Ella estaba allí.

ROSARIO.- Bueno, yo estaba allí para ayudar, ayudaba en la cocina y en la limpieza.

LAURA.- (Mirando sus informes.) Según creo, con lo único que le quedó de los trescientos catorce millones, se compró un piso en Móstoles.

MARÍA DE UTRERA.- Al que tenías que haber hecho la entrevista es a mi padre. La verdad es que ya se rieron bastante de él en la televisión y en todos los periódicos. No lo mató el toro pero las bromas a veces también tienen mucho cuerno.

Cuando se murió ni si quiera había entrado yo en la escuela taurina.

¿Te acuerdas, Rosario?

ROSARIO.- No, no pudo vivir esa fantasía. Ni se imaginó que pudieras torear.

MARÍA DE UTRERA.- A mi padre no le bastó con ser quien era, ese fue todo el problema. Prefería las ilusiones.

A ti dicen que te pasa lo mismo. ¿Sabes?, yo también tengo informes tuyos.

LAURA.- ¿Informes? ¿Míos?

(En silencio, ROSARIO cruza el escenario hasta el oratorio. Enciende una cerilla y luego una vela.)

MARÍA DE UTRERA.- ¿Pasa algo, Rosario?

ROSARIO.- Que se había apagado una vela.

MARÍA DE UTRERA.- De esas cosas yo no me doy cuenta. Pero ella sí. **(A LAURA.)** ¿Te gusta este traje de luces?

LAURA.- No sé. ¿Te refieres al color o al bordado?

MARÍA DE UTRERA.- Al color, al bordado, a los pliegues, a los entresijos. Este traje no es nuevo, tiene desgarros hechos por los cuernos del toro, pero están muy bien cosidos y apenas se notan. Mira: cuesta verlo pero aquí tiene uno. Un costurón. Pero ni se nota. Ven, míralo.

LAURA.- **(Acercándose a MARÍA DE UTRERA con la grabadora en la mano.)** ¿No te da un poco de vértigo ponerte, para una corrida como la de hoy, un traje de luces con el que ya te han herido, con el que ya te han dado una cornada?

MARÍA DE UTRERA.- No, no. No fue una cornada. Ese toro no llegó a herirme. Sólo me rompió el traje. Por eso me lo pongo, porque es un traje que ya está *avisao*. ¿Lo ves?

LAURA.- Con tanto bordado no es fácil.

MARÍA DE UTRERA.- **(Cogiéndole la mano y apretándosela contra los bordados del traje, a la altura del muslo.)** Toca.

LAURA.- Entre los bordados y la seda es difícil distinguir las costuras.

MARÍA DE UTRERA.- (**Reteniéndole la mano.**) En los informes dicen que te gustan las costuras de algunos toreros.

LAURA.- Los informes no siempre están bien hechos.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Qué es lo que de verdad quieres saber?

LAURA.- Nada. Sé de ti más que tú misma.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Entonces por qué estás aquí?

LAURA.- Porque tú me has llamado.

MARÍA DE UTRERA.- (**Soltándole la mano.**) Tienes la mano fría.

LAURA.- Tú me has llamado. Me has buscado. Necesitabas verme.

MARÍA DE UTRERA.- Veo que no te concentras, Laura. Tendré que hacer la entrevista yo misma. (**Le quita de las manos la grabadora.**) Trae.

¿Quién decís que es esa? ¿La hija del limpiabotas que hizo el ridículo en la Maestranza?

La misma.

¿Y torea...? Por los pueblos... Si su padre hizo el ridículo que hizo, ya ves tú ella... Pues dicen que va a tomar la alternativa... No sé qué alternativa va a tomar ésa... Pues la tomó, oye... Y encima, ahora dicen que viene a Sevilla... y que viene con las figuras... enteramente como si fuera un hombre... ahora se dan cosas muy raras... ya verás como al final nos enteramos de que es un hombre... oye, y que ha triunfado... que ha triunfado y que sigue triunfando... ya no son los pueblos... oreja en Sevilla, oreja en Córdoba, ¡orejas en Pamplona! ¡En Pamplona, tú! Lo de ésta no es corriente...

No es que no sea corriente, es que es histórico... Y además que es verdad que es una mujer... cuentan y no acaban... tiene a los otros toreros trastornados... Y además que es muy suya... Y que no para, oye... En Madrid, ya ha salido a hombros... Y encima quiere más... Ésta no para... Ahora quiere torear la corrida de la Beneficencia.

(LAURA come alguna de las almendras.)

Y eso no es lo peor... Lo más grande es que la quiere torear mano a mano con José del Puerto... Y, encima, ellos aceptan... Está debilitando a los toreros hombres... Dicen que por eso se va quedando sin rivales... Los tiene a disposición...

El mundo está cambiando.

La mosquita muerta... Antes de salir a la Plaza... En la habitación de ella... En la habitación de ella, o en la de él... Pero dicen que en la de ella, en la de ella misma... Antes de salir camino de la Plaza... Son cosas que parece mentira que puedan pasar... La hija de aquél que hizo tanto el ridículo...

(LAURA vuelve a comer almendras.)

Y también hija de Juana Ramos, la que después de parirla a ella, abandonó al limpiabotas y se acostó con media Sevilla... Estaba muy buena... Estaba mejor que esta de ahora, era más recia... ¡pero ésta mira por dónde va...!

Es la única que puede anunciarse en Madrid, mano a mano, con José del Puerto.

Ahí tienes la entrevista. No has tenido ni que preguntar. **(Le devuelve la grabadora.)**

LAURA.- Mano a mano con José del Puerto, ya no. **(Pausa.)**

ROSARIO.- ¿Estaban rancias las almendras?

LAURA.- Los lectores querrán saber si es verdad el rumor. Si es verdad que a José del Puerto, al hombre, no al torero, también lo has tenido *trastornao*, como tú dices. Si lo has tenido a disposición.

MARÍA DE UTRERA.- Los informes tuyos ¿qué dicen de eso?

LAURA.- Los informes no importan. Lo que importa es lo que tú quieras contar.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Y la verdad, no importa?

LAURA.- Los lectores ya tienen sus verdades. En la información que nosotros damos buscan novedades ajenas, fantasías. Pero si quieres, incluso nos puedes decir la verdad.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Y cuál será la verdad?

LAURA.- Si quieres recordar, recuerda. Y si no, invéntala.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Estás grabando eso?

LAURA.- Espero que sí. Espero que no nos falle la técnica.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Estás grabando que me invente las verdades? Eso es un desprestigio para una revista internacional como la tuya.

LAURA.- Tú no te preocupes por eso, que luego queda lo que tiene que quedar.

MARÍA DE UTRERA.- Pues me preocupo. Ya ves. No lo puedo evitar. Como en la plaza me preocupo por todo: por los compañeros, por la gente que está en el callejón sin saber el peligro que a veces puede haber allí. Me preocupo hasta por los caballos de los picadores, porque eso es lo natural, porque eso es lo que se espera de cualquiera que se viste de luces.

LAURA.- Pues por mí no te preocupes. Porque yo aquí lo que estoy haciendo es una entrevista, entiéndelo, María de Utrera, solamente estoy haciendo eso: una entrevista. No he estado en toda mi vida en el bar El Cairo, no he comido nunca garbanzos creyendo que podrían ser soldados huérfanos, no me preocupa dejar grabado que no sé si las verdades internacionales se inventan o existen, y ni siquiera he sido caballo de ningún picador. Lo único que me interesa es hacer una entrevista buena, que a mí me guste, que tenga buen pulso.

MARÍA DE UTRERA.- Me da pena que no entiendas lo de los garbanzos. Los que escriben le llaman a eso poesía. Como tú escribes, creí que lo sabrías.

LAURA.- ¿María de Utrera es lectora de poesía?

MARÍA DE UTRERA.- Con la mano esa que tenía, tan de torero, me dijo mi padre una vez: «Toma, me lo ha regalado el del quiosco. Parecen acertijos, pero son misterios». Era un libro chiquito, de poesía. El del quiosco se lo regaló porque decía que mi padre era filósofo.

ROSARIO.- Falta sólo media hora para salir hacia la Plaza. Tú sabrás si tenemos tiempo para los acertijos.

MARÍA DE UTRERA.- (Con intención de empezar a maquillarse.)

Brillo, brillo para el cuerpo,

brillo para estos misterios, para esta sinrazón.

LAURA.- José del Puerto dice que tú le has enseñado que las verdades del cuerpo son mucho más misteriosas que las palabras, más misteriosas que...

MARÍA DE UTRERA.- (Interrumpiendo.) ¿José del Puerto?

LAURA.- Bueno... eso he leído en algún sitio. Aquí tiene que estar entre estos papeles.

MARÍA DE UTRERA.- Tú siempre tienes papeles para esconderte.

LAURA.- ¿Crees que tengo algo que esconder?

MARÍA DE UTRERA.- Tú sabrás.

LAURA.- Te había preguntado por las verdades del cuerpo.

MARÍA DE UTRERA.- (**Deja de maquillarse. Se levanta y va hacia LAURA.**) Yo no sé si a ti te ha pasado, pero yo sufría por tonterías. Sufría porque me decían que tenía pocas tetas. ¿Qué te parece? Sufría por tonterías, porque con trece años me levantaban las faldas aprovechando que llevaba un cubo de basura en cada mano. Sufría porque pensaba que me tenía que morir sin remedio. Sufría porque siempre he tenido muy mal las muelas. Esas son las verdades del cuerpo. No sé si te lo ha explicado así José del Puerto.

LAURA.- (**Olvidándose de la entrevista y entrando en el cuerpo a cuerpo.**) ¿Cómo has podido matar toros, Juana, cómo has podido hacerlo tú, que hasta los doce años no habías podido matar ni ver matar ningún animal? Tú que, según dicen, huías si había que matar un gallo o un pavo por Navidad. ¿Cómo has podido matar todos los toros que has matado?

MARÍA DE UTRERA.- (**Fríamente, mientras se maquilla.**) Los he matado porque me gusta hacerlo, porque matar es una herencia. Y descubrí que huía de las matanzas de animales por miedo a encontrarme con un gusto escondido. Descubrí que los cazadores no matan por necesidad, sino por gusto.

Era difícil de aceptar, pero era así. Comprendí que podía hacerlo todo, podía dar la vida y podía también dar la muerte, participar del sacrificio. Podía ser como los dioses, podía ser más que los cazadores, más que los hombres.

LAURA.- ¿Por qué más que los hombres?

MARÍA DE UTRERA.- Porque ellos no pueden dar la vida. Sólo pueden programarla. No pueden participar de la consumación.

LAURA.- Ser más que los cazadores. Ser como los dioses. ¿Es eso lo que pretende María de Utrera?

MARÍA DE UTRERA.- Hay que olvidar las palabras.

Para vivir hay que olvidar las palabras.

Hay que olvidar los acertijos.

Estoy viva, estoy aquí.

Viva entre todas las marcas, entre todos los brillos.

Y estoy aquí porque los toros han muerto. Han muerto y los he matado yo. Por eso estoy aquí. Los toros que me han podido matar, pero que no lo han hecho. Los toros inocentes, ¿sabes?, los toros de ojos brillantes, de ojos negros y nobles, de ojos terribles. Los toros que he matado, esos son los que me han dado todo lo que ahora tengo. Me han dado la libertad, me han dado el poderío, y me han dado el paraíso de las cosas pequeñas. Los toros que he matado me han dado los hombres más vanidosos, los hoteles más caros, las mejores marcas de cosméticos; me han dado todo lo que se anuncia en tu revista. Todo lo que tú ofreces.

Rosario, échame más brillo en el pelo.

Los toros que he matado me han dado la fuerza y los temblores, me han dado el lujo de los ricos y el lujo de las putas. Lo que se dice todos los lujos.

Mira, Laura, que cara se me está poniendo.

Con el pelo pegado a la cabeza, con el pelo como si fuera alambre mojado, se me está poniendo cara de hombre, míralo, cara de miedo.

LAURA.- No creerás que los hombres tienen más miedo que nosotras.

MARÍA DE UTRERA.- Pestañas. Necesito pestañas.

(ROSARIO le ofrece unas pestañas postizas.)

Parece que no son nada: cuatro pelillos. Y para que no se caiga la mirada son lo principal. Para que no se te descuelguen los ojos no hay otra cosa mejor en el mundo. Cuatro pelillos. Claro, que estas pestañas son muy buenas; me costó trabajo encontrarlas. Como éstas hay pocas. Son elásticas, son sedosas, destacan y son traicioneras. Detrás de ellas miras como si miraras desde el balcón del Ayuntamiento; una mirada así a las mujeres también nos impresiona. ¿O no? Luego, si dices que son postizas nadie se lo cree. ¿Quién se va a creer que llevas pestañas postizas para torear? **(Se levanta.)** Las otras mujeres, ése es el verdadero campo de batalla. Ahí están el barro y la sangre. No digo tierra, digo barro. ¿Lo has oído bien?

LAURA.- Yo sí, pero la grabadora puede tener problemas cada vez que te mueves.

MARÍA DE UTRERA.- Cada vez que me muevo, vivo salpicando barro. Y eso, aunque haya algún fallo técnico, estoy segura de que lo escuchas tú en tu pantano calladito. Ya sabrás luego rellenar los huecos. Barro no te falta.

LAURA.- (Apaga la grabadora.) ¿Quieres que te diga una cosa, María de Utrera?

MARÍA DE UTRERA.- No.

LAURA.- Pues la vas a escuchar aunque no quieras. No he venido para soportar ningún tipo de ofensa. No estoy dispuesta como profesional ni como mujer a permitir que nadie me falte el respeto, y tú lo estás intentando. Comprendo que he elegido para la entrevista un día y una situación especialmente duras para ti. Pero has aceptado, y eso supone aceptar las reglas del juego.

MARÍA DE UTRERA.- La única regla del juego en una entrevista es no apagar la grabadora. Saber escuchar. Escucharlo todo. **(Ella misma pone la grabadora en marcha.)**

LAURA.- Por un error de grabación hemos omitido que María de Utrera nos recuerda que debemos saber escuchar. Escucharlo todo.

MARÍA DE UTRERA.- Calor. Hace calor, un calor insoportable. (Se coloca junto a la ventana y mira hacia el exterior.) Pero no habrá tormenta. Habrá silencio. Calma chicha. Y morbo, un morbo pantanoso. La mujer torero. La «señorita torero». A ver si es verdad que «ésta» puede con seis toros. Con seis toros ella sola. Eso habrá que verlo. Un morbo pantanoso.

Aunque no toree José del Puerto estoy segura de que no habrán devuelto ni una sola entrada. Ya se estarán vendiendo los refrescos. Y los claveles. Ellos comprarán claveles para ponérselos, con una sonrisa, en la solapa y luego, si la cosa va bien, con ojos encendidos, me los tirarán al ruedo... Si consigo matar los toros, si les gusta cómo los mato, si agradecen el esfuerzo.

Al toro se le torea con la cabeza. El cuerpo es lo principal, pero se le torea con la cabeza. Nosotras por tener lo principal hemos descuidado mucho la cabeza. Ha sido un error.

LAURA.- Me ha parecido oír que nosotras tenemos lo principal, refiriéndote al cuerpo. ¿Es que el cuerpo de ellos no es tan principal?

MARÍA DE UTRERA.- Pues no, no es tan principal. Ellos se han visto obligados a usar más la cabeza. No lo han hecho por gusto. Ha sido por necesidad.

LAURA.- En mis entrevistas siempre hago una serie de preguntas tipo test, que si es posible me gustaría que contestaras casi sin pensar.

MARÍA DE UTRERA.- Ponme las zapatillas, Rosario.

(ROSARIO obedece.)

LAURA.- ¿Por qué el cuerpo?

MARÍA DE UTRERA.- ¿Por qué la Sierra de Guadarrama? Ya ves tú.

LAURA.- ¿Por qué la cabeza?

MARÍA DE UTRERA.- Por necesidad.

LAURA.- ¿Por qué el amor?

MARÍA DE UTRERA.- Porque hay que aspirar a vivir como si nada fuera real, porque hay que soñar que todo es mentira.

LAURA.- ¿Cómo se puede soñar ese sueño?

MARÍA DE UTRERA.- Abriendo mucho los ojos.

LAURA.- ¿Lo sueñas tú delante del toro?

MARÍA DE UTRERA.- No, allí no; lo sueño cuando veo grietas en la oscuridad.

LAURA.- ¿Cómo puedes soportar el miedo?

MARÍA DE UTRERA.- No puedo. Por eso hablo contigo, mientras Rosario me pone las zapatillas.

LAURA.- **(Apagando la grabadora.)** Si prefieres acabar ya la entrevista lo comprendo perfectamente. Y además, te agradezco mucho que me hayas recibido aquí un día como hoy, un día de tanto compromiso para ti. **(Se dispone a salir.)** Te deseo mucha suerte en la Plaza, María de Utrera.

MARÍA DE UTRERA.- Dile al fotógrafo que suba para hacerme las fotografías de la portada de tu revista.

LAURA.- A veces se pueden hacer excepciones. Que Rosario se ocupe de hacerme llegar las fotos que tú habías elegido.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Vas a aceptar trabajos ajenos sin respetar a la gente de la revista?

LAURA.- Las exclusivas a veces se aceptan, aunque sean anónimas. **(Va a salir.)**

MARÍA DE UTRERA.- Espera. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con José?

(LAURA mira a ROSARIO.)

ROSARIO.- Ella está informada de todo.

LAURA.- Entonces, si ya lo sabes...

MARÍA DE UTRERA.- Quiero que me lo digas tú.

LAURA.- José y yo estuvimos juntos en Granada.

MARÍA DE UTRERA.- ¿La noche antes?

LAURA.- Sí, la noche anterior a la cornada.

MARÍA DE UTRERA.- (**Despidiéndola.**) El fotógrafo y tú tendréis entradas para la corrida, ¿no, Rosario?

LAURA.- Te lo agradezco, pero yo nunca voy a los toros.

(**Se va LAURA.**)

MARÍA DE UTRERA.- Es mentira. Mentira. Ella no pudo estar con José en Granada. Él no puede haberme traicionado ese día. Precisamente ese día. No puede haber estado bebiendo en esos labios tan finos. En ese barro frío. (**Escupe.**) Dime que es mentira.

(**ROSARIO no responde.**)

Y si no es mentira, que se muera esa puta, que se muera José, y que suspendan la corrida. (**A ROSARIO.**) ¿Tú lo sabías?

ROSARIO.- Eso se dice.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Qué es lo que se dice? ¿Qué es lo que sabías?

ROSARIO.- Tú también lo sabías. Por eso la has recibido.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Qué sabía yo?

ROSARIO.- Lo sabías todo. Sabías que ella estaba enamorada de él. Que por eso ella te seguía. Y que él traía en su cuerpo el sudor de ella, los restos del perfume. Ese que tú has buscado en su mano, y que ella intentó que usaras tú también, porque ese es el perfume que normalmente te regala José del Puerto, y que tú nunca has usado.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Sabía yo todo eso?

ROSARIO.- Sí. Y además hoy has podido saber que lo seguía queriendo a él mientras te miraba a ti.

MARÍA DE UTRERA.- No hay ninguna razón para ir a la Plaza. No quiero pisar nunca más el ruedo. No hay ninguna razón para seguir. No sé cómo he llegado hasta aquí.

ROSARIO.- ¿Quieres pararte ahora?

MARÍA DE UTRERA.- Ya no puedo engañarme más. Si he toreado ha sido por el miedo que me daba la vida, por el miedo que me daba no tener más porvenir que la televisión y el olor de la cocina. Esa debilidad ha sido la que me ha empujado. Si no hubiera tenido tanto miedo a la vida no hubiera podido acercarme tanto a los toros, acercarme a ellos como si fueran puertas abiertas. Si no hubiera sido por eso no hubiera podido quedarme quieta delante de los toros, delante de sus pitones.

¿Qué pasaría si no fuera hoy a la plaza?

ROSARIO.- Que serías como todos los que no se han atrevido. Como todos los que odias tanto. Como todos nosotros.

MARÍA DE UTRERA.- Es tarde. Átame los machos.

(ROSARIO lo hace.)

Tú estuviste en la habitación del hotel cuando se vistió de luces mi padre. Seguro que tendría menos miedo del que tengo yo ahora. Y ya ves lo que pasó.

ROSARIO.- Tu padre quizá no tuviera miedo, pero tampoco tenía conocimiento ni experiencia ninguna.

MARÍA DE UTRERA.- Nunca te he preguntado cómo se preparó para ir a la Plaza, no te he preguntado si la ilusión le duró hasta el final.

ROSARIO.- Es que él tampoco te ha importado nunca. Hablas de tu padre y has hecho de él una bandera, pero en realidad nunca llegaste a interesarte por él. Ha sido sólo una excusa.

MARÍA DE UTRERA.- ¿El fuego necesita disculpas? **(Refiriéndose a los machos.)** Apriétamelos un poco más.

(ROSARIO obedece.)

ROSARIO.- Cuando Lucas, que era el que lo había vestido, le estaba atando los machos, se le cayó la faja a tu padre.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Y qué?

ROSARIO.- Estábamos allí todos los compañeros del bar El Cairo. Lo mirábamos embobaos, deslumbrados por las luces. Además lo queríamos mucho. Y cuando se le cayó la faja fue como si se hubiera nublado. Para él y para nosotros.

MARÍA DE UTRERA.- Paco, tu hermano, seguro que se reiría. Y haría un chiste. Como queriendo ayudar.

ROSARIO.- No me acuerdo de lo que hizo Paco, pero si hizo algo sería para eso, para ayudar.

MARÍA DE UTRERA.- A Paco eso es lo que siempre le ha gustado: ayudar.

ROSARIO.- Lo dices como si fuera un defecto. A ti te ha ayudado más que a nadie.

MARÍA DE UTRERA.- (Poniéndose el corbatín.) Sí, él fue quien me llevó por primera vez a una Plaza de Toros. Y todo me pareció horrible, me pareció el espectáculo más repugnante que había visto nunca. Paco me explicó todo aquello, toda la fantasía que había detrás de tanta sangre. Ya ves, con trece años, yo estaba allí comiendo pipas y sólo tenía ganas de irme, pero Paco dijo: tú y yo vamos a ser la pareja taurina más famosa de todos los tiempos. Tú serás la mujer torero más grande de la historia y me retarás, mano a mano, en las Ventas, en la Corrida de la Beneficencia. Tu hermano me abanicaba con una revista taurina y me llegaba el olor de los puros; lo único que me gustaba era la música, la banda de música me gustaba; pero lo que pasaba en el ruedo era una pesadilla: muerto el toro, y arrastrado entre una nube de polvo, era como si nada, porque todo volvía a empezar; salía otro toro y luego otro. Comprendí que los toros eran inmortales, pero que había que matarlos. Aprovechando un descuido, Paco me metió mano. Era la primera vez. Yo estaba mirando las banderas, no sabía que hubiera banderas en las plazas de toros. Él se paró en la ingle. No se atrevió a seguir. Si hubiera seguido, yo no sabía qué tenía que decirle; estaba pensándolo, pero él se paró.

ROSARIO.- Aquel día se pararía, pero luego ha sabido darte muy buenas explicaciones.

MARÍA DE UTRERA.- En la cama ha sido lo mismo que todos. Mucha ansia. Como todos. Semilla. Semilla y violencia.

ROSARIO.- Aparte de eso, Paco fue quien te metió en la Escuela Taurina.

MARÍA DE UTRERA.- Siete cornadas llevo ya. En cambio él lo dejó. Dice que no ha tenido suerte.

ROSARIO.- Como apoderado ha sabido llevarte muy bien.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Como apoderado?

ROSARIO.- No tendrás queja.

MARÍA DE UTRERA.- Queja, no. Tengo miedo. Tengo nauseas. Ya no hay mano a mano. Ya no tiene sentido. ¿No lo comprendes?

ROSARIO.- Te falta la faja.

MARÍA DE UTRERA.- La faja. ¿Dónde está la faja?

ROSARIO.- Aquí está.

MARÍA DE UTRERA.- Pónmela. (**Mientras se pone la faja se toca el vientre con las dos manos, acariciándose.**)
¿Crees de verdad que he engordado?

ROSARIO.- No te conviene saber lo que sabes. No te conviene saberlo ahora.

MARÍA DE UTRERA.- ¿A qué te refieres?

ROSARIO.- No deberías acariciarte el vientre ahora.

MARÍA DE UTRERA.- ¿A qué te refieres?

ROSARIO.- No deberías recordar que sí, que es verdad, que el análisis demostró que estás embarazada. No deberías recordarlo ahora.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Y tú cómo lo sabes?

ROSARIO.- Mi obligación ha sido ser tu sombra.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Me has estado espiando? ¿Me has estado registrando?

ROSARIO.- ¿Qué más da eso ahora? ¿Lo sabe José?

MARÍA DE UTRERA.- José se está muriendo.

ROSARIO.- Pero, ¿lo sabe? ¿Se lo dijiste?

MARÍA DE UTRERA.- Y a ti que te importa.

ROSARIO.- ¿Crees que hay algo tuyo que no me importa?

MARÍA DE UTRERA.- Vete, Rosario. Déjame sola. Cuando sea la hora de salir para la plaza que suba Paco a recogerme. Que suba él. ¿Está claro?

ROSARIO.- Ya queda muy poco. Subirá enseguida.

(ROSARIO se dirige hacia la puerta.)

MARÍA DE UTRERA.- ¿Fuiste tú quién le dio a la periodista la dirección de la residencia en donde está mi madre?

ROSARIO.- Teniendo la periodista información directa de José del Puerto no me iba a preguntar a mí.

MARÍA DE UTRERA.- Vete.

ROSARIO.- (Desde la puerta, antes de salir.) El hijo también podría ser de Paco.

(Sale ROSARIO.)

MARÍA DE UTRERA.- No has sido mi sombra, Rosario, has sido mi cloaca.

Eres un chulo, José del Puerto; un chulo, un embustero que le gusta beber en los charcos. Para ser grande siempre te ha faltado precisamente eso, grandeza, luz. Te ha faltado el resplandor de la verdad. Te gusta soñar que haces prodigios, pero lo único que eres es un mal torero. No te mereces más que putas y cornadas. Cuando has tenido otra cosa ni te has enterado. Eres un mierda que se ha dejado coger con el sueño equivocado. Con la saliva envenenada. Te ha ido a coger la más puta de todo el escaparate. Te mataría... Me has engañado en todo... Te mataría... Te mataría... Pero no te mueras.
(Mirando por la ventana.)

¿Por qué no llueve a cántaros?

¿Por qué no llueve a mares y se suspende la corrida?

Si tienes poderes misteriosos, si tú, tú que tanto presumías, si tú tienes poderes misteriosos, ¿por qué no llueve? ¿Por qué no llueve y se suspende la corrida?

«El día que haga falta me llevaré al toro lamiéndome en la mano, como si fuera un perro *enseñao*. Lo haré para que no te coja, pero sobre todo para demostrarte lo que es un torero». Eso me has dicho muchas veces. Eres un chulo, José del Puerto; un chulo y un embustero. **(Abrazando su retrato.)** Pero no te mueras. No puedes morirte ahora. Hay que vivir rezando.

Hay que vivir pidiendo lo imposible.

Todo irá bien.

No va a pasar nada malo. Todo irá como debe ir. **(Se pone la chaquetilla y se mira al espejo.)** Estás sola. Necesitas decirlo y necesitas saberlo. Estás sola. Mírate bien y olvídale todo. **(Tocándose el vientre.)** No puedes utilizarlo para justificar tu miedo. Descansa. Descansa. No eres más que un ovillito, un sueño de otros, una raíz que necesita barro. **(Se sienta en la cama.)** Recuerdo muy bien cuándo fue. No es que no hubiera en esos días otras oportunidades; pero estoy segura de que fue la vez que estuvimos toreando juntos en la dehesa nueva que te has comprado, José: el día que estuvimos toreando desnudos las tres becerras y el novillo *desechao*. Fue allí mismo, en la plaza, sobre la arena, después de que me dejaras que entrara yo a matar al novillo. Había salido bueno ¿te acuerdas? Lo habíamos toreado los dos. Lo habíamos toreado bien. Dijiste que verme entrar a matar desnuda ya no era deseo, ya era vértigo. Cité a recibir, lo aguanté bien, me rozó la cadera derecha con el pitón y salió muerto del embroque. *¿Te ha gustado, José?* Ha estado bien. *¿Bien? En el hoyo de las agujas.* Fue allí, sobre la arena. Sudabas más que nunca. Y me preguntabas: ¿Tú por qué no sudas? Quería gritar, dar un chillido inmenso, pero no grité. Te cogí la cabeza con mis dos manos y la arrastré dentro, entre los pechos. Cerré los ojos y sentí que el mundo era una bola de incienso que se estaba quemando. **(Pausa.)** Fue esa vez. Seguro.

(Llaman.)

¿Quién es?

ROSARIO.- Soy Rosario.

MARÍA DE UTRERA.- Pasa.

(**Entra ROSARIO.**)

¿Por qué no ha subido Paco?

ROSARIO.- Porque quiere que te lo diga yo.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Que me digas qué?

ROSARIO.- La corrida se ha suspendido.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Se ha suspendido sin contar conmigo? ¿Pero qué dices? ¿Creéis que se puede tomar una decisión así sin contar conmigo?

Y además ¿por qué? ¿Por la lluvia?

ROSARIO.- No está lloviendo.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Entonces?

ROSARIO.- Se ha suspendido por respeto.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Por respeto? ¿Por qué respeto?

¿José?

(**ROSARIO mueve la cabeza afirmativamente.**)

No, no es verdad; no puede ser verdad. (**Grita como una fiera herida.**) ¡Dime que no es verdad!

No es verdad, José no ha muerto. No puede morir, no puede, dímelo tú, dímelo, dime que no es verdad; dímelo, Rosario, dímelo. José no ha muerto. José no ha muerto. Dímelo.

ROSARIO.- Hay que aceptar la verdad.

MARÍA DE UTRERA.- No. No existen las verdades. Desde pequeña ésa ha sido mi fuerza: vivir como si nada fuera verdad, soñar que todo es mentira. Necesito soñar ese sueño. Porque en ese sueño todo es posible. En ese sueño tú estás vivo, eternamente vivo. **(Coge el retrato que tenía en el relicario.)** Tú estás a mi lado, tú estás escuchándome. Necesito soñar ese sueño. Pero sin ti, José, sin ti, y a no existen los sueños.

«El día que haga falta me llevaré al toro lamiéndome en la mano». Eso me dijiste. Eso es lo que has hecho.

(ROSARIO enciende una vela.)

ROSARIO.- Una lucecita, el humo de las velas.

MARÍA DE UTRERA.- Todo está como hace siglos. Todo está en silencio. En silencio, como el fondo de un lago, una oscuridad muy antigua.

Vuela, José, vuela, desenreda claridades. José del Puerto, el mejor de los toreros.

(Se aparta del relicario y se mueve como perdida por la habitación hasta sentarse, sin fuerzas, en el borde de la cama.)

Alrededor ya no habrá más humo que el humo. La vida ya no será infinita. José del Puerto será un retrato. El mejor de los toreros será un retrato. La persona que más he querido será un retrato.

Es verdad, pero no puede ser verdad.

No quiero quedarme sola. La soledad es sentir que vas a morirte sin obstáculos. No quiero quedarme sola. No soporto las verdades.

(ROSARIO se acerca a ella. La abraza y la acaricia evocando una imagen de la piedad.)

ROSARIO.- No sé si puedo darte consuelo. No sé si has aceptado alguna vez que alguien comparta algo contigo. Que lo comparta de verdad. Yo creo que no soportas los sentimientos de los demás, que te dan miedo. Puedes enfrentarte a los toros pero no puedes enfrentarte al dolor de los demás, a las debilidades de los demás. Llevo diez años vistiéndote, y nunca me has mirado para saber si quería algo, si esperaba algo. **(Le acaricia el pelo.)** Siempre hay gente desconocida que depende de nosotros. No me conoces. No podré darte consuelo.

(MARÍA DE UTRERA coge la mano de ROSARIO, colocándola ostensiblemente entre sus pechos. Después de unos segundos ROSARIO retira la mano, con delicadeza, y se aleja.)

No esperaba nada, no espero nada.

El dolor es un misterio. Otro más.

MARÍA DE UTRERA.- ¿Por qué no sube nadie, Rosario?

ROSARIO.- ¿Quién quieres que suba?

MARÍA DE UTRERA.- ¿Por qué no sube Paco?

ROSARIO.- Porque está abajo firmando todo lo que haya que firmar, hablando con todos los que haya que hablar y evitando que los fotógrafos y todos los demás suban a por ti, a hacerte fotografías, a verte llorar, a pedirte autógrafos, a preguntarte si estabas enamorada, a escupirte que te engañaba.

MARÍA DE UTRERA.- Todo eso lo puedes hacer tú. Baja y dile a Paco que lo estoy esperando.

ROSARIO.- ¿Quieres que me vaya?

MARÍA DE UTRERA.- Sí.

(Cuando ROSARIO está a punto de salir, ordena:)

Dile a Paco que suba.

(Sale ROSARIO.)

¡Qué silencio! ¡Qué oscuridad! ¡Qué soledad, Juana, qué temblores, qué recuerdos tan vivos, qué aullidos por dentro!

¡Qué dolor y qué oscuridad! **(Coge el retrato de JOSÉ DEL PUERTO y después de estrecharlo un momento contra su pecho, reacciona violentamente y lo tira al suelo.)** Nunca te podré perdonar, nunca, José del Puerto, nunca. **(Breve silencio. Se acaricia el vientre.)** ¿Estás ahí? ¿Me escuchas?

Serás niña y te llamarás Juana.

(OSCURO FINAL.)

